Monsivais (A)

INFLUENCIA MORAL DEL MÉDICO

SOBRE EL ENFERMO.

TÉSIS

PARA EL EXÁMEN PROFESIONAL DE MEDICINA Y CIRUJÍA

POR

Alejo Monsivais,

ALUMNO DE LA ESCUELA DE MEDICINA.



MÉXICO
IMPRENTA DE I. ESCALANTE Y Cª
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1870

Sor. Dr. Dr. José M. Barragan.

INFLUENCIA MORAL DEL MÉDICO

SOBRE EL ENFERMO.

TÉSIS

PARA EL EXÁMEN PROFESIONAL DE MEDICINA Y CIRUJÍA

POR

Alejo Monsivais,

ALUMNO DE LA ESCUELA DE MEDICINA.



MÉXICO

IMPRENTA DE I. ESCALANTE Y Cª

BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1870

Al Sr. Dr. Dn. José M. Barragan.
Prueba de aprecio.

A. Monsivais.

A LA MEMORIA

DE MI PADRE.

A LA PERSONA QUE TAN DIGNAMENTE

OCUPA SU LUGAR.

A MI ADORADA MADRE

Y

QUERIDAS HERMANAS.

Á MIS RESPETABLES MAESTROS.

Á MIS APRECIABLES COMPAÑEROS.

Mens agitat molem.
El espíritu agita á la materia.
Bouchut.

INTRODUCCION

Es tan vasto el estudio de las ciencias médicas, se necesitan conocimientos tan variados y tan extensos para profundizar y discurrir con provecho sobre todos sus puntos, que la vida del hombre es insuficiente, y nadie, segun creo, habrá podido ni podrá vanagloriarse de poseer á fondo y en toda su extension lo que se designa con el nombre colectivo de «Medicina.»

Los que han merecido llamarse maestros de la ciencia por sus trabajos llenos de mérito y su generosa dedicacion al estudio, no han llegado á ese lugar elevado sino despues de largos años pasados en la observacion constante de los fenómenos naturales, y poniendo en práctica los eminentes dones que habian recibido del Criador. Y á pesar de tanto trabajo y empeño, no han podido dejar de caer en multitud de errores que las generaciones siguientes se han encargado de señalar, cayendo á su vez en otros quizá mas lamentables, y que á su turno fueron descubiertos por las generaciones que les sucedieron. ¡Fatal cadena de errores que humilla

nuestro orgullo de modernos y que parece atar para siempre la débil razon humana!

El error en boca de los grandes hombres, por mas trascendental que sea, no destruye su gloria: ellos han hecho demasiados servicios para ser olvidados por sus imperfecciones. Sus nombres serán vistos con veneracion, aunque estén unidos á doctrinas que no debamos seguir. Hipócrates y Sydenham, por ejemplo, infundirán siempre respeto, aunque en sus obras haya algo que, segun nuestra opinion actual, no sea conveniente adoptar.

Ahora bien: si esos hombres eminentes, á pesar de su talento y de su larga práctica, han tenido que sucumbir muchas veces ante el cúmulo de dificultades que se les presentaba, y han soportado multitud de penalidades para seguir adelante, se comprenderá fácilmente el estado difícil en que nosotros, verdaderos pigmeos á su lado, nos hallamos al querer seguir su ejemplo, deseando escribir algo de *nuevo* y *de bueno*. Semejantes á los niños, para quienes todos los objetos son nuevos, y que atraídos por la curiosidad cambian continuamente el lugar de sus miradas, viendo todo y sin fijarse en nada, hemos recorrido rápida y sucesivamente los diferentes ramos de la medicina. Nuestro cerebro ha sido impresionado de maneras muy diferentes, y nos presenta al fin de nuestra carrera ideas muy numerosas, es cierto, pero demasiado ligeras y superficiales. Sentimos vivamente la necesidad de madurar semejantes ideas con la reflexion, y de sazonarlas con el juicio y la observacion, pero el tiempo nos falta: obligados á seguir los cursos de nuestra Escuela, nos vemos en la necesidad de adquirir ideas nuevas é igualmente superficiales, y no podemos dedicar á la meditacion sobre

nuestros conocimientos ya adquiridos, mas que momentos en extremo limitados.

Semejantes materiales no son muy á propósito para construir algo sólido, y si nos servimos de ellos para formar nuestras tésis, no es sino obligados por la necesidad de acatar la ley, y confiando en la indulgencia de nuestros maestros y en la benevolencia de nuestros compañeros.

Tales reflexiones me han ocurrido sucesivamente al tener que elegir el punto de mi tésis para exámen general. Temeroso de mi impotencia para decir algo nuevo y provechoso, me fijé por fin en un punto cuya importancia podria llenar las exigencias y cuya utilidad me pareció tanto mayor, cuanto que no habia habido entre mis compañeros una voz que se levantara en su favor, y bien podria suceder que pasara desapercibido por algun tiempo.

El interes de la materia me pareció tan grande, que creí hacer algo de bien ocupándome de ella, aun cuando me limitara á recordar lo que ya se ha dicho. Creí que cumpliria con mi deber, y que mis maestros, á quienes tengo obligacion de satisfacer en este caso, quedarian complacidos, si no con el mérito de mi trabajo, sí con la rectitud de mi intencion.

La observacion de algunos hechos que pasan con frecuencia en la vida social, ha venido á corroborar mis ideas sobre la importancia, la trascendencia y la necesidad de semejante materia.

¡Pluguiera al cielo poseyera yo la erudicion suficiente para tratarla de la manera altamente filosófica y científica que se merece! Pero ya que esto no me es posible, procuraré, á lo ménos, fundar mis ideas con los hechos que me parezcan mas á propósito, sirviéndome princi-

palmente de algunos de los que yo haya podido observar y de los que refieran autores respetables. Su autoridad dará fuerza á mis palabras.

Dividiré mi trabajo en dos partes: en la primera procuraré demostrar la importancia en general de la influencia moral; en la segunda examinaré el modo con que se puede aplicar esta influencia en las diversas fases de la asistencia de un enfermo.

¡Dios quiera darme el acierto necesario para fundar bien y sólidamente mis ideas ó, al ménos, para despertar en el corazon de mis compañeros un sentimiento que pueda ser el orígen fecundo de multitud de bienes!

PRIMERA PARTE.

El médico puede disponer de multitud de medios para llenar su mision á la cabecera de los enfermos. La terapéutica propiamente dicha y la higiene le proporcionan numerosos manantiales de donde puede sacar útiles recursos. Y si bien es cierto que la sencillez en el tratamiento, carácter que muchas veces distingue á los verdaderos sabios y profundos conocedores de la naturaleza, es mas cómoda porque fatiga ménos al enfermo y hace mas fácil la observacion; si bien es cierto que esta misma sencillez evita la combinacion de muchas causas, cuya resultante final muy complicada no puede apreciar bien nuestro débil espíritu, tambien lo es que no se debe despreciar ninguna circunstancia, ni aun la mas insignificante, de donde podamos sacar algun bien. Se debe procurar mantener al enfermo en una atmósfera médica, permítaseme la expresion, en donde no pueda recibir mas que benéficas influencias. ¡Cuántas veces pequeños incidentes, que pasan fácilmente desapercibidos para un observador poco atento, son la causa principal de una enfermedad! ¡Cuántas veces, por ejemplo, una pequeña hernia epiploica, que no se puede apreciar por una palpacion poco cuidadosa, es la causa determinante de vómitos incoercibles!

Pero entre los medios de que puede usar el médico, hay unos que en vano buscará en todo el arsenal farmacéutico, y que no encontrará entre todos los modificadores físicos. Estos medios influyen sobre *algo* que existe profundamente en nosotros, y que no es el cuerpo, pero

que le está tan íntimamente unido, que lo modifica por su modo de ser y recibe tambien de él modificaciones importantes. Los llamarémos *morales*.

La atencion de muchos médicos no se fija en estos medios, y aun algunos los desprecian. Entre los mismos estudiantes de medicina, los que mas empeñosos se manifiestan por el adelanto de la ciencia y que en sus exámenes se hacen notar por un talento poco comun y por los resultados de un trabajo asíduo; los que mas tarde se lanzan á la práctica civil, ávidos de gloria, llenos de fe y de esperanza, y queriendo dominar con su fuerza terapéutica á todo ser morboso; estos mismos desprecian los medios morales, y fundan la mayor parte de su confianza en combinaciones farmacéuticas ó higiénicas mas ó ménos hábiles. Introducen en el cuerpo de su enfermo principios que modifican sus órganos en tal ó cual sentido, y entretanto su espíritu, sostenido al principio por la confianza en estos medios, languidece á medida que las decepciones se multiplican y se apaga buscando en vano en la boca ó en los ojos de su médico algo que le fortifique! Muere sin encontrar á veces ni una palabra ni una mirada de consuelo!

Esto, que no es tan notable en la asistencia de personas distinguidas, por la influencia de nuestra educacion social y por otros motivos, se ve bien en la asistencia de los pobres que no tienen para el médico mas que su gratitud, y se ve mejor todavía en la de los pobres de hospital que no tienen las mas veces ni gratitud, puesto que consideran como de su derecho los cuidados del médico y los beneficios de la caridad. Honrosas excepciones se encuentran, sin embargo, entre nuestros médicos de hospital, y algunos de ellos podrian tomarse como tipos de amabilidad y dedicacion.

La importancia de estos medios ha sido sentida por los buenos prácticos. Chomel considera su estudio como *uno de los puntos mas importantes y mas difíciles de la práctica médica,* (1) y el Sr. Barreda, (2) profesor de patología general en la Escuela de México, nos lo hacia notar como provechoso para el médico y para el enfermo. Como medios auxiliares de otro tratamiento son de grande interes. Chomel cree que sin ellos el tratamiento mas metódico perderia gran parte de su importancia, (3) y Hufeland, al hablar de su influencia, dice: (4) «*¿No es cierto que el temor de la muerte, la ansiedad y el espanto, son los venenos mas activos y que paralizan inmediatamente la fuerza vital, al paso que el valor y la esperanza reaniman mas que ningun medicamento, y aun podemos decir que estos no obran con eficacia sin la cooperacion de aquellos agentes morales?*»

Los mismos enfermos conocen algunas veces perfectamente que sin auxilios de medios que sostengan su moral, no podrán conseguir la salud. Un médico distinguido, que despreciaba semejantes medios, ha sido despedido por uno de sus enfermos con estas palabras demasiado significativas: «No me sanaréis porque no aligerais mis penas ni me consolais.» (5)

En algunos casos su importancia es tan grande, que llegan á ser indispensables: sin ellos no se podria conseguir la curacion. Nos fijarémos especialmente sobre este punto al examinarlos en particular.

(1) Pathologie générale, pág. 602, edicion 1863.
(2) Barreda (G.).—Lecciones orales, 1869.
(3) Loc. citat., pág. 604.
(4) Manual de Medicina práctica, tom. 4.°, pág. 290.
(5) Vous ne me guérissez pas, vous ne me soulagez pas, vous ne me consolez pas. (Chomet, loc. citat. pág. 607).

SEGUNDA PARTE.

Se puede influir sobre la moral de los enfermos en cada uno de los momentos de su asistencia: una palabra, un gesto del médico puede tener para él enorme significacion, y la impresion que produzca puede ser tal, que lo coloque en el apogeo de la felicidad, ó lo sumerja, al contrario, en el mas profundo desconsuelo.

Los gestos del médico deben ser vivificadores, y sus expresiones deben dar la vida, ha dicho Hufeland. (1) Y en efecto, el médico no debe olvidar jamás que el menor de sus movimientos es espiado con ansia por el enfermo y sus asistentes, que desean penetrar por su medio hasta el interior de su espíritu y encontrar allá la verdad. Firme en esta creencia, el médico debe dominar sus impresiones hasta el grado de que el ojo mas perspicaz no distinga el fondo de su pensamiento. Podrá encontrarse lleno de alegría por la aparicion de un síntoma que le anuncie la pronta y feliz terminacion de la enfermedad; pero si, franco y sencillo, lo diere á conocer, las personas interesadas le darian un valor mucho mas considerable del que tuviera, y mas tarde un accidente, una desgracia cualquiera, las haria padecer con mas crueldad, y les traeria tal vez dudas sobre la pericia ó sinceridad del médico. Otras veces, al contrario, el médico se encontrará lleno de inquietud, ya porque haya descubierto algun punto de diagnóstico importante que se le hubiera escapado ántes, ya porque note efectos fatales en las medicinas empleadas, ó ya, en fin, por-

(1) Loc. citat., pág 290.

que reconozca un síntoma funesto, cuya aparicion aun no esperaba. El descubrimiento de semejantes sentimientos seria sumamente perjudicial para él y para las personas que lo observan: él perderia gran parte de la confianza adquirida, y ellas caerian en un desaliento cuyas consecuencias podrian ser graves.

La prudencia exige, pues, tomemos un término medio entre esos extremos, y ese medio lo encontrarémos en la calma y en la tranquilidad de nuestro rostro. El enfermo y sus allegados encontrarán así suficiente motivo para conservar la esperanza, y seguirán nuestras prescripciones con mas confianza, pues creerán en el libre uso de nuestra razon. Por otra parte, jamás podrán reprocharnos haber producido una seguridad extrema, ó haber infundido un temor exagerado é inútil.

La tarea de dominar nuestras impresiones hasta el grado de encerrarlas en nuestro pecho y no dejarlas aparecer sobre nuestro semblante, es difícil, lo comprendo; pero las ventajas que podrémos sacar serán tan grandes, que compensarán con usura el trabajo de emprenderla. Debemos, pues, hacer de ella un objeto de nuestra educacion, y perseverar con constancia hasta adquirir el dominio de nuestras impresiones: este trabajo modificará nuestro carácter, y acabará por traernos el hábito.

Se ve, pues, que el médico puede usar á cada momento de medios morales. Para examinar con órden su aplicacion, le seguirémos sucesivamente en el desarrollo de las cuatro cuestiones principales que tiene que ventilar á la cabecera del enfermo: la etiología de la enfermedad, su diagnóstico, su pronóstico y su tratamiento.

Dividiré por consiguiente esta segunda parte en cuatro párrafos, para ocuparme sucesivamente de las cuestiones indicadas.

I

El axioma tan conocido de lógica *sublata causa tollitur effectus*, tiene su aplicacion en medicina como en las otras ciencias, y en gran parte por esto el conocimiento de las causas morbosas es uno de los puntos más importantes de la práctica médica. Solo él enseña si se tienen que combatir efectos consecutivos de una causa que ya ha desaparecido, ó si la causa persiste y los efectos que se observan son inmediatos. En este último caso se comprende fácilmente que el axioma citado tiene una aplicacion perentoria, y debe constituir si no todo el tratamiento, sí uno de sus puntos principales.

Las afecciones morales ocupan un lugar importante en la etiología de muchas enfermedades. En las afecciones nerviosas se encuentran figurando muchas veces en primera línea, y produciendo desórdenes de importancia. Hufeland, hablando de estas enfermedades dice: «. . . . *y si es verdad que todas las afecciones morales, principalmente las melancólicas, van acompañadas de atonía y de completa insensibilidad en los nervios precordiales y abdominales [en el sistema ganglionario] y que esta lesion es una de las causas morbosas mas graves. . . . . etc.*[1]

Su accion puede ser próxima ó lejana. En el primer caso es evidente.[2] En el segundo es difícil á veces distinguirla, pero no ménos importante. Esta dificultad ha hecho que algunos médicos releguen á la categoría de hechos imaginarios las enfermedades producidas por es-

(1) Loc. citat. pág. 265.

(2) Descuret en su «Medicina de las pasiones» refiere el hecho de un jóven que, á consecuencia de un gran terror, tuvo sus cabellos blancos al cabo de algunas horas.

tas causas. «Pero es un grave error, dice Bouchut, [1] que importa destruir, y que tiene todos los dias las mas fatales consecuencias en medicina.»

Hay otro modo de obrar de estas causas que importa mas para nuestro objeto. Pueden obrar de dos maneras: ó produciendo la enfermedad y desapareciendo mas ó ménos pronto dejando subsistir sus efectos, ó persistiendo y sosteniendo con su influencia la afeccion patológica.

Se comprende la importancia que tiene para el médico la distincion de estos dos casos: en el primero, en efecto, no tendrá sino que reparar los trastornos producidos, en el segundo tendrá que quitar la causa.

Por desgracia no siempre estará en poder del médico alejar semejantes influencias; pero cuando esto sea así, debe esforzarse por disminuir sus efectos con todos los medios que un estudio atento de las circunstancias le aconseje.

Señalar esos medios seria tanto como recorrer la gran lista de enfermedades en que pueden aplicarse y sus innumerables circunstancias: trabajo enorme que no emprenderémos, contentándonos con citar algunos ejemplos, y confiando en que el talento y juicio de nuestros compañeros suplirá con ventaja todo lo que nosotros pudiéramos decir.

Los diferentes accidentes de la nostalgia, por ejemplo, no podrán combatirse mas ventajosamente que volviendo al enfermo al seno de las personas queridas y colocándolo sobre el suelo de su patria. Pero si esto no está en poder del médico, debe poner todo su empeño en desviar la atencion del enfermo de los objetos que le son tan caros, y fijarla sobre los objetos que le ro-

(1) **Pathologie générale et séméiologie, pág. 86.**

dean; debe disimuladamente disminuir el valor de aquellos y aumentar el de estos; debe, en fin, valerse de cuantos medios le sea posible para hacer aparecer el recuerdo de lo pasado bajo una perspectiva que no sea tan dolorosa.

Ciertas turbaciones digestivas de varias formas y sumamente rebeldes, están sostenidas, sobre todo, en personas jóvenes y del sexo femenino, por pasiones contrariadas que tienen más influencia que todos los agentes terapéuticos. [1] La clorósis y todos sus accidentes reconocen algunas veces la misma causa. Accidentes nerviosos alarmantes y un enflaquecimiento notable, pueden tener por causa la misma afeccion moral. Weickard cree que se da una tísis que llama *imaginaria*, análoga en sus efectos á la tísis tuberculosa.

El descubrimiento de un hecho de este género ha aumentado considerablemente la gloria de un médico de la antigüedad, Erasistrato. Se valió de una estrategia para descubrir la causa de la enfermedad del príncipe Antioco, y la encontró en la pasion que lo dominaba por su madrastra, Estratonice: arrancó de su padre la promesa de contribuir con cuanto fuera necesario para la salud del enfermo, y lo obligó á cederle su propia mujer: la enfermedad desapareció con la causa que la habia producido.

Segun nuestras costumbres, no podriamos nunca seguir con el mismo rigor y energía la conducta del médico de Alejandría; pero sí podriamos influir favorablemente en muchas circunstancias. De ninguna manera me pareceria indecoroso interponer toda la autoridad de médico para la realizacion de ciertos proyectos, cuando de ella dependa la salud y la felicidad del enfermo.

(1) Becqurel, Traité d'hygiène, pág. 809, edic. 1868.

Algunos autores han creido explicar la benéfica influencia del matrimonio en la clorósis por las relaciones conyugales, capaces de fomentar la actividad de algunas funciones (*morbus virgineus*). Creo mejor con Grisolle, (1) que en la gran mayoría de los casos, la satisfaccion del corazon es la influencia que modifica á toda la economía, sustituyéndose á la accion depresiva de la contrariedad.

El poder de esta influencia se nota en otra multitud de circunstancias diferentes. Recuerdo haber conocido una persona que durante mucho tiempo estuvo pretendiendo pertenecer á una comunidad religiosa. Motivos graves la obligaron á permanecer por siete años al lado de su familia. En este tiempo, su razon convencida dominaba sus deseos, y su voluntad resignada seguia pacientemente todas las exigencias de su situacion; su constitucion, sin embargo, se resentia y daba á conocer un estado enfermizo que se revelaba al exterior: su piel estaba pálida, su mirada apagada y su cuerpo enflaquecido. Realizó al fin sus deseos, y la volví á ver algunos meses despues: el cambio era tan grande, que la habia hecho inconocible: su cuerpo estaba robusto, sus ojos tenian un brillo que jamás le habia notado, y su tez poseía el carácter que revela á primera vista la salud y la juventud.

Lo que acabamos de decir de la accion depresiva de algunas afecciones morales, se aplica á todas las pasiones que obran de la misma manera. Las pasiones que tienen una accion contraria producen tambien trastornos, pero son en general rápidos y efímeros, lo que hace que el médico tenga pocas veces que intervenir. Sin embargo, su poder es tan grande que pueden causar la

(1) Pathologie interne, primer tom., pág. 223, edic. 1869.

muerte. En la historia antigua tenemos ejemplos notables. Diágoras ha muerto por el placer que le causó la victoria de sus hijos, y Sófocles por la emocion de recibir una corona inesperada. En nuestro país he tenido noticia de dos casos semejantes. En Leon ha muerto un individuo conmovido fuertemente por los dulces acentos de una célebre artista, [1] y en San Luis Potosí pasó lo mismo á un comerciante al leer una carta en que se le avisaba el buen resultado de un magnífico negocio. La integridad de estos hechos no me es, sin embargo, evidente.

Lu fuerte tension de espíritu puede traer una analgesia completa. Arquímedes no ha sentido un golpe mortal por estar preocupado con la resolucion de un problema de matemáticas.

La edad, la educacion, el sexo y demás circunstancias de los enfermos, podrán servir de indicios para descubrir las pasiones que obran en tal ó cuál enfermedad.

Los antiguos habian notado ya que estas circunstancias influyen grandemente sobre las pasiones que se desarrollan, y Horacio habia trazado un cuadro fiel de estos fenómenos. El médico, pues, puede sacar útiles indicios de estas circunstancias; pero algunas veces no le bastarán estos indicios, no le bastarán tampoco estrategias como la de Erasistrato, le será preciso tener la confidencia del enfermo.

Pero, ¿cómo obtener esta confidencia, cuando no solo no revelamos nuestros sentimientos íntimos á un extraño, sino que aun nos avergonzamos con la sola idea de que los adivine? ¿Cómo obtener el conocimiento de una pasion cuando procuramos ocultarla, considerándola como una debilidad de nuestro espíritu, como un im-

1 La Sra. Angela Peralta de Castera.

pulso de nuestro instinto que domina á veces nuestra razon? Para obtener tal confidencia no basta ser médico, es necesario ser amigo. El enfermo encontrará entónces bastante confianza para depositar en el seno de la amistad su secreto, y esta confianza, en vez de perjudicarlo, le aliviará sus penas, pues habrá encontrado quien lo ayude á sufrir, y se verá libre de ese peso que tan dolorosamente oprime el corazon de los que sufren en silencio.

Habrá veces, y serán muy frecuentes, en que el médico no pueda tener derecho á una amistad tan íntima. Entónces, su trato afable, su tierno interes por la salud del enfermo, su conducta sin tacha podrán inspirarla, y una vez poseedor de ella, utilizarla en el sentido que hemos indicado.

Pero no siempre el médico podrá llegar á ese grado: hay en la simpatía algo que no depende de nosotros, y que no podemos adquirir siempre, aun á pesar de nuestras buenas acciones. En este caso, el médico tiene aún un recurso: podrá valerse del auxilio de personas que tengan para con su enfermo el atractivo que él no puede conseguir. Ellas, interesadas en su salud, serán un útil intermedio: tomarán empeño en descubrir lo que sea necesario, lo comunicarán al médico y aun en ciertos casos le ayudarán convenientemente para llenar indicaciones especiales.

Si aun el auxilio de estas personas falta al médico, si ve que sus esfuerzos son infructuosos para obtener confianza, y más todavía, si nota que se reciben con repugnancia, seria mejor, por interes del enfermo y suyo propio, influir para que se pusiera la curacion en manos de otra persona que estuviera colocada en condiciones favorables.

Citarémos, por último, respecto de etiología, esos ataques de histeria ó de epilepsía que muchas veces se desarrollan por solo la vista de semejantes accidentes, y que por esto se han llamado de imitacion (*Impresiones neurósicas de Bouchut.*) ¿La influencia penosa que se experimenta al contemplar á esos pobres enfermos, no será la única causa que los haga reproducirse? Nos inclinamos á creerlo, considerando que á veces basta evitar su vista ó desarrollar impresiones morales que obrén en sentido contrario para hacerlos desaparecer. Boerhaave ha visto pulular de una manera espantosa los ataques de histeria en su sala; en vano gastaba multitud de antiespasmódicos: los ataques y las enfermas se multiplicaban cada vez más. Un dia anunció que iba á cambiar de método, que iba á tratarlas con el fierro rojo: los ataques desaparecieron inmediatamente. Bouchut [1] ha curado un síncope histérico que cundia de una manera espantosa en un taller de cuatrocientas obreras: su tratamiento se limitó á quitar el trabajo á las enfermas, y amenazar con el mismo castigo á las buenas. Una impresion moral enérgica puede sanar enfermedades antiguas aunque haya sido de otro órden la causa que les dió orígen. Se citan casos de paralíticos que han recobrado el uso de sus miembros bajo la influencia de un gran terror.

En resúmen: investigar prudentemente las causas morales, alejarlas, disminuir su accion ó desviarlas, hé ahí la mision *etiológica* del médico. Insistirémos mas tarde sobre alguno de estos puntos á propósito del tratamiento.

(1) Loc. cit., pág. 697.

II.

Es raro que se tenga que anunciar el diagnóstico exacto al enfermo ó á su familia; pero es muy frecuente tener que dar alguna idea de la enfermedad. La pregunta de *¿qué tiene?* precede muchas veces á la de *¿qué sucederá?* como si las personas extrañas á la ciencia comprendieran la importancia del diagnóstico y consideraran el pronóstico como dependiente de aquel.

La respuesta á semejante pregunta es embarazosa, principalmente cuando la hace el enfermo, pues no siempre es conveniente contestarla de la misma manera. Algunas veces el poco desarrollo de los síntomas ó su complicacion, no permitirá al médico formar un juicio exacto en la primera visita, otras lo formará; pero aun así, no convendria expresarlo de una manera clara. Pronunciar el nombre de una enfermedad cuya importancia es conocida de los interesados, es alarmarlos produciendo una impresion que despues es difícil destruir; (1) decir, al contrario, el nombre de otra que conocen por ligera, es darles una seguridad que cualquier incidente podria desvanecer, trayendo la idea, ó de que el médico ha come-

(1) Recordaré siempre con disgusto la impresion producida en una persona de mi familia, por la revelacion brusca de un diagnóstico terrible. Estaba enferma una niña como de diez años, y se vió para su asistencia á un médico, notable por lo altanero de sus modales; se anunció su llegada de improviso y solo momentos ántes de que apareciera en la habitacion. La pobre niña se conmovió profundamente; su respiracion y su circulacion debieron alterarse en alto grado. El médico la examinó inmediatamente, y creyendo tal vez que ese era su estado normal, declaró que tenia una enfermedad prontamente mortal, una aneurisma. La niña no sufrió gran cosa por esta imprudencia, pues su edad no le permitia conocer el peligro; pero su pobre madre tuvo largos dias de amargura, hasta que el tiempo y la perfecta salud de su hija le revelaron la falsedad del diagnóstico. He visto á otra persona sufrir los accidentes de la hipocondría, por habérsele anunciado que estaba tísica (diagnóstico falso), y no recobrarse sino muy lentamente, á pesar de las reiteradas protestas de otros facultativos.

tido un error, ó de que ha faltado á la verdad. Cualquiera de estas dos suposiciones es muy desfavorable: la primera ataca la pericia del médico; la segunda, su sinceridad. Y es tan importante conservar ilesas estas dos cualidades, que sin la primera no habrá ya empeño ni eficacia en seguir las prescripciones; y sin la segunda, con dificultad se podrá conseguir que crean aquello que mas importa. Por el contrario, cuando el médico es tenido por veraz, obtiene una obediencia y una fe ciegas, en multitud de casos en que otros motivos podrian hacer dudar de su veracidad. Muchas veces he visto personas negarse á creer ciertas cosas, y convencerse inmediatamente con solo esta reflexion: *él no miente.*

Algunos autores aconsejan restringir el nombre de la enfermedad,[2] cambiando su sitio, su intensidad ó su naturaleza, exagerar el valor de los síntomas suprimidos. disminuir el de los que aparezcan y buscar en el pulso ó en las exploraciones metódicas, un motivo de alivio aunque sea simulado. Esta conducta dará algunas veces buenos resultados; pero constituye una mentira, y hemos indicado ántes los inconvenientes para que no insistamos mas sobre este particular.

¿Qué deberémos, pues, contestar cuando nos veamos urgidos por semejantes preguntas? Cuando la enfermedad es tan ligera y tan clara que no nos inspire ni temor ni duda, no habrá inconveniente en decirla; tendrémos aun la ventaja de adquirir un motivo mas para fundar nuestra veracidad en lo sucesivo; pero si en la enfermedad hay algo de grave ó de dudoso, es mejor ocultar la verdad. Frases ambiguas,[2] palabras de doble sen-

(1) Chomel, loc. citat., pág. 604.

(2) Algunas personas se conforman con un cambio de palabras. Un enfermo, atacado de gangrena de las extremidades (asfixia local de Boyer), se manifiesta

tido, salidas imprevistas y que desvian la conversacion, y todo lo demas que el ingenio ó las circunstancias aconsejen, serán los medios que el médico pueda usar en tales casos.

Hay un recurso que he visto surtir en algunas circunstancias: explicar la enfermedad en términos técnicos y lo mas raro que se pueda. Haciendo á un lado el charlatanismo que pueda haber en esta conducta es digna de seguirse, pues se obtienen buenos resultados: si la persona que pregunta tiene cierta confianza con el médico, se enfada ligeramente, tal vez lo regaña, insiste algo más, pero despues se conforma y se calla; si no la tiene, las mas veces reconoce su ignorancia, cree que no puede comprender aquello y tambien se calla. Manejémonos, pues, de esta manera cuando no encontremos otro medio.

Durante el interrogatorio que se tiene que hacer para establecer el diagnóstico, la suma atencion á las menores palabras del enfermo infunde mucha confianza; creen, y con razon, que el médico aprecia los menores detalles y se forma un juicio profundo y exacto de la enfermedad. Esta atencion no debe ser tan complaciente que permita al enfermo engolfarse en esas relaciones tan largas y tan inútiles, que no tienen grande interes en la historia de la enfermedad, que ocupan mucho tiempo y que algunas veces desvian la atencion del médico. Sacar de ellas lo que parezca útil, invitar al enfermo á que las abrevie, sin ofender su amor propio, y dirigirlo suavemente al punto de partida, es la conducta que mejor conviene en este exámen.

muy preocupado de su estado, y pregunta con frecuencia si se está gangrenando. Se calma y aparece ménos alarmado contestándole esto, que casi equivale á confirmar sus temores: "*Una cosa por el estilo.*"

Aun los enfermos que parece no deberian fijarse en estas particularidades por los pocos alcances de su inteligencia, se fijan y modifican sus respuestas segun la impresion que creen producir en el médico. Muchas veces he visto enfermos de hospital callar ciertos síntomas importantes por parecerles que el médico no los atenderia. Al reprocharles su silencio como perjudicial al restablecimiento de su salud, y al preguntarles los motivos de obrar así, han contestado con un tono de amargura: *"¡Si al cabo no nos hace caso!"*

La confianza de los enfermos disminuye á tal grado en estos casos, que ven su muerte casi segura, y prefieren, si está en su arbitrio, colocarse en manos de otra persona que mas los atienda, aunque tengan un concepto ménos elevado de sus conocimientos científicos.

El tono con que se hacen las preguntas, la manera de formularlas, las señales de admiracion, de duda, de inquietud que suelen darse al recibir las respuestas, no solo tienen influencia sobre la naturalidad de éstas, sino tambien sobre la impresion que la visita del médico dejará en su enfermo. Debe, pues, hacer que la prudencia rija todos sus movimientos.

No nos detendrémos mas sobre este particular, cuya importancia hemos señalado en otro lugar. Añadiré solamente, que cuando la emocion del médico llega á un grado extremo, no solamente pierde gran parte de su importancia, sino que desciende hasta el ridículo. Referiré dos hechos que me parecen probarlo. Un médico trata á un enfermo con el objeto de hacerle expulsar gusanos intestinales. Con este fin le administra una dósis fuerte de vermífugo. Accidentes graves se declar an—*Superpurgacion,* (?) *peritonitis* (?);—el médico es llamado con violencia, y se le presenta el cuadro de la familia afli-

gida y del enfermo sumamente alarmado. Fué tal la sorpresa que le causó semejante espectáculo, que no se creyó capaz de remediar los accidentes, y solicitó con instancia el auxilio de un compañero. Llegado éste, le abandonó completamente al enfermo, dejándolo obrar con entera libertad. La familia comprendió entónces que no habia que esperar mas que en el segundo médico, y le retiró al primero completamente su confianza. Algun tiempo despues, una de estas personas me referia así la conducta de ese señor en aquellas circunstancias: «*Se nulificó completamente, y se declaró un criado del segundo médico.*» Haré notar, para hacer mas palpable el efecto de esta conducta, que el primer médico era probablemente mas instruido que el segundo.

En otra ocasion, un cirujano practica la extirpacion de un tumor de la lengua, y corta una de las artérias linguales. La hemorragia que se declaró fué tan espantosa, que el cirujano pedia con ansia una agua hemostática para detenerla, y ¡entretanto la dejaba correr...! Las personas que lo acompañaban, viendo su inaccion y la inminencia del peligro, lo eliminaron y procedieron á detener la hemorragia. Él dejó entónces su papel interesante para convertirse en nada: su inquietud y su temor durante el peligro, se comprenden muy bien con la expresion enérgica y sencilla de la persona que nos referia este hecho: [1] «Se fué miéntras á un rincon.»

Hay un medio que obra favorablemente para infundir confianza sobre el conocimiento que el médico pueda haber adquirido de la enfermedad. Consiste en referir al enfermo, bajo la forma de preguntas, la sintomatología de su afeccion. Cuando el médico haya adquirido suficientes datos para fundar su diagnóstico, podrá ha-

(1) El Sr. D. José M. Vértiz.

cer este interrogatorio y sacar dos ventajas: recordar, en cuanto sus conocimientos le permitan, todos los síntomas de la enfermedad, y dar mas solidez á su diagnóstico. El enfermo, lo he dicho ya, tendrá un motivo mas de confianza. Varias veces he tenido lugar de observar su satisfaccion, despues de una de estas visitas, y la admiracion con que reconocen que el médico ha *adivinado sus sufrimientos y les ha dicho cuanto tenian.*

Algunas personas consideran esta conducta como propia de charlatanes, que quieren hacer alarde de sus conocimientos. No podria participar de semejante opinion, por muy respetable que me sea su juicio, y las ventajas que he señalado me parecen justificarla suficientemente.

La aclaracion de algunos puntos de diagnóstico suele afligir demasiado á ciertos enfermos, y exige de parte del médico alguna precaucion. Quiero hablar de aquellos puntos que ajan mas ó ménos el pudor, y de aquellos enfermos tan susceptibles que se conmueven á la menor palabra, y que se ven de tal manera dominados por su emocion, que no pueden responder á lo que se les pregunta; y aun muchas veces, involuntariamente, se alejan de la verdad y no tienen valor para ratificarse. He sabido de un caso en que la emocion causada por el anuncio de un reconocimiento, ha sido capaz de privar á la enferma de sus sentidos. (1)

Se comprende el tino con que el médico debe conducirse al tratar á semejantes enfermos, para no impresionarlos de una manera desagradable. Cuando le sea posible obtener los datos que necesite, por el intermedio de personas que por su sexo, parentesco ó intimidad, sean acreedoras á la confianza de la enferma, deberá servirse de su auxilio y evitar aclaraciones directas. Pe-

(1) En la práctica del Sr. D. Ignacio Montaño.

ro cuando el médico no encuentre persona á propósito, podrá usar de dos medios: ó infundir confianza para que se declaren por sí solas, ó dirigir sus preguntas repentinamente, con la mayor indiferencia, exactamente lo mismo que si se tratara de las cosas mas triviales de la vida. El primer medio me habia parecido mas conveniente, porque creí que haciendo reflexiones sobre la mision del médico, sobre su grande interes por la salud del enfermo, sobre la importancia del conocimiento de todos los síntomas, etc., llegaria á inspirarse tal confianza, que podrian hacerse con facilidad cuantas aclaraciones fueran necesarias. Pero he visto que era difícil llegar hasta allá, y aun me ha parecido que tales misterios podrian conducir á un resultado opuesto: revestirian de formas mas graves ciertas revelaciones, fijarian la atencion de las enfermas sobre ciertos fenómenos, y aumentarian así su inquietud y su vergüenza. El segundo medio, aconsejado por uno de mis compañeros, [1] me parece preferible en muchos casos. Es cierto que causarán sorpresa ciertas preguntas hechas con tanta facilidad é indiferencia; pero esta misma manera de hacerlas irá habituando poco á poco á las enfermas, y las convencerá insensiblemente de que en efecto todo puede ser indiferente para un médico.

En resúmen: dar á conocer los diagnósticos poco graves y sencillos, ocultar los de circunstancias opuestas, manifestar penetracion, interes y afabilidad en la investigacion del diagnóstico, al mismo tiempo que prudencia y discrecion; y por último, conservar una calma inalterable aun en los casos mas difíciles, son los medios con que el médico puede influir sobre la moral de su enfermo al establecer su diagnóstico.

(1) El Sr. D. Antonio Sosa.

III.

La inquietud que toda enfermedad inspira, mas ó ménos, y el deseo muy natural de descubrir en el porvenir el resultado de los acontecimientos que mas afectan nuestros intereses, obligan al enfermo y á su familia, á exigir al médico el pronóstico que, segun su instruccion y su experiencia, podrá formar de la enfermedad que se le presenta.

La ciencia del futuro, tan oscura para el mortal, que muchas veces no puede ver con claridad un paso mas allá del presente, es de una aplicacion quizá mas difícil en medicina que en las otras ciencias. Es tan complicado el problema, poseemos sus datos tan incompletamente, y tantas circunstancias imprevistas pueden venir á influir, que en muchos casos el pronóstico estará enteramente fuera de nuestro alcance. Y sin embargo, es tan importante, que por sí solo funda la reputacion del médico, pues el público no tiene mas dato para juzgar de su saber que la realizacion de su pronóstico, y juzga como mas sabio al que mejor prevée. Importa, pues, demasiado fundar su pronóstico con prudencia, porque él decidirá del concepto que en lo sucesivo se pueda formar de la aptitud del médico.

Hemos dicho, y es la verdad, que el pronóstico estaba erizado de dificultades. Pero esto debe entenderse del pronóstico que abarque con una exactitud matemática, por decirlo así, todos los pormenores de la enfermedad. El pronóstico, en globo podemos llamar, no solamente es posible en muchos casos, gracias á los adelantos hechos en el diagnóstico, sino que aun es fácil y aun puede marcar ciertas épocas de suma importancia.

Decir, por ejemplo, si enfermedades determinadas podrán terminarse bien ó mal, si durarán dias ó meses, si la muerte del enfermo vendrá próxima ó remotamente, son cuestiones para cuya resolucion podrémos encontrar suficientes recursos en los conocimientos científicos.

Ahora bien: ¿será conveniente dar á conocer nuestro pronóstico todo entero hasta donde la prudencia nos detenga?

Insistirémos desde luego sobre este punto: hasta donde la prudencia nos detenga. En efecto, perjudica extraordinariamente al médico y al enfermo el fracaso de un pronóstico imprudente. He visto perder completamenta la confianza en uno de los médicos distinguidos de esta Capital solo por haber asegurado, dándose cierta importancia, que no estaba grave un enfermo que murió al dia siguiente. Para conservar, pues, la confianza de las familias y de los enfermos, que leen en los ojos de sus parientes y en sus palabras las impresiones producidas por el médico, debemos ser muy cautos en el pronóstico y darle cierta latitud que nos ponga al abrigo de circunstancias imprevistas.

Respecto de la manera con que debemos comunicar nuestro juicio, dirémos lo que hemos dicho respecto del diagnóstico: si es ligero y sencillo podrémos decirlo; si es grave ó dudoso, será mas conveniente ocultarlo.

Hay casos, sin embargo, en que el médico cometeria una falta grave si no anunciara el peligro, cuando éste es tal que la muerte del individuo pueda ser próxima. El silencio del médico y mas aún su empeño en asegurar al enfermo por temor de desmoralizarlo, podrá evitar el buen arreglo de las últimas disposiciones; y si éstas no se hacen, ó se hacen de una manera presurosa é impropia, grande debe ser la responsabilidad que pe-

se sobre su conciencia. Alejémonos, pues, del ejemplo de algunas personas que con el pretexto de no acobardar á los enfermos, se oponen á la verificacion de semejantes disposiciones. Al tratarse de personas piadosas esta conducta es mas perjudicial, pues para ellas los auxilios religiosos traen la resignacion, aumentan la esperanza y ayudan lcs esfuerzos del médico.

Pero al cumplir con este triste deber, procuremos mitigar su amargura, escogiendo las personas á quienes nos comuniquemos, y la manera de hacer esta comunicacion.

Recordemos con Chomel, [1] que algunas veces es muy restringido el número de las personas á quienes se puede decir la verdad toda entera. Esta restriccion debe excluir, por supuesto, al enfermo, que no debe saber semejantes disposiciones como emanadas del médico, sino mas bien como dispuestas por la familia y dependientes de un temor *tal vez infundado.* Recordemos tambien la exquisita sensibilidad de las señoras llevada á su máximun cuando son madres, hijas ó esposas, y no lastimemos su corazon mas allá de lo que sea necesario, si tenemos que comunicarles nuestras ideas.

Nuestras palabras deben ser medidas de tal modo, que consigamos nuestro objeto y solo él: deben infundir bastante temor para llevar á cabo nuestras disposiciones; pero dejar un vasto campo á la esperanza. Es tan grato esperar, que habria una gran crueldad en hacer algo por destruir ese lenitivo de los males.

Si esta es la conducta que debemos seguir cuando notemos la gravedad del peligro, qué reprensible no es la de los médicos que por hacerse de reputacion procuran hacer creer que retiran á sus enfermos de la orilla del

(1) Loc. citat., pág. 607.

sepulcro? Creen quedar siempre bien, pues si el enfermo muere, se verá la realizacion y la *justicia* de su pronóstico, y si sana, se creerá que hicieron casi un milagro. Es cierto que tal conducta podrá elevar á algunos, pero será siempre una conducta indigna: su elevacion se deberá á las lágrimas de sus clientes, se sostendrá por sus sufrimientos, y estará muy distante de la única á la que me parece nos sea lícito aspirar, la que tiene por base el mérito y la ilustracion.

Hay algunos médicos que, sin pretensiones respecto de su persona, no tienen ningun inconveniente en repetir continuamente al ver á los agonizantes: «No tengo ninguna esperanza.» ¿Por qué hacer esto? ¿Por qué querer desvanecer el último rayo de consuelo? ¿Qué, alguna vez podemos tener seguridad completa de un resultado próximamente funesto? Hufeland [1] considera como una regla importante y necesaria, «*no perder nunca del todo el aliento ni la esperanza;*» y no se necesita tener larga práctica para conocer que en los casos, al parecer desesperados, puede haber salvacion. [2] He visto últimamente una persona ya anciana atacada de enfisema pulmonar avanzado: tenia una anasarca abundante y las molestias consecutivas al último periodo de su enfermedad. La vieron varios médicos y todos estuvieron de acuerdo en asegurar que no tenia remedio. Uno de ellos, y tal vez el que mas desesperaba de su curacion, se encargó de asistirla. Insistió sobre los evacuantes (*Sen, Crémor, tártaro*), y logró por su empleo hacer desaparecer el anasarca y los demás accidentes, hasta el grado de que la familia y la enferma consideraron la

(1) Loc. citat., pág. 288.

(2) En la tísis, por ejemplo, y sin salir de nuestro pais, hay opiniones completamente distintas: personas creen que es redondamente incurable (Sr Jimenez M.), miéntras que otras admiten su curabilidad (Sr. Lucio.)

enfermedad como completamente curada. He visto otro caso de circunstancias muy semejantes, en que se trataba de una afeccion orgánica del corazon. Dos de nuestros profesores mas distinguidos asistian á la enferma y declararon que su papel se limitaria á aligerar los padecimientos. Los diuréticos (*pingüica, acetato de potasa, espárrago*) produjeron un alivio que para la enferma y su familia fué la curacion. Con un tratamiento análogo he visto desaparecer los accidentes producidos por un aneurisma avanzado del cayado de la aorta. En los dos primeros casos se dijo el pronóstico, y en el tercero no: los tres se lograron contra la opinion de las personas que los trataban y á pesar de sus pronósticos bien fundados; pero en los dos primeros hubo largos dias de tristeza y de inquietud, en el segundo todo se hizo con calma y tranquilidad. Es cierto que las dos primeras curaciones aparecieron con los atavíos de una obra maestra, y la segunda pasó tal vez desapercibida entre los hechos comunes y ordinarios; pero ¿qué no serémos bastante generosos para sacrificar una parte de nuestro amor propio, y evitar así dias de luto á las familas que nos favorezcan?

Los enfermos se empeñan algunas veces mucho en que se les diga su verdadero estado, y se valen para conseguirlo de multitud de arbitrios: unos dicen que tienen suficiente valor para no inquietarse por su gravedad, otros, que necesitan saber su estado real para hacer ciertas disposiciones, etc., etc. Estas súplicas son imponentes cuando son hechas por un moribundo: hay algo de grave y de grande en las palabras del hombre que se aproxima á su fin; parece que al acercarse al mundo de la realidad, se despoja de lo vulgar de la vida y deja entrever en sus acciones algo de solemne. El médico de-

be procurar sustraerse á la influencia de las circunstancias, desconfiar de las promesas del enfermo, y limitarse solamente á convencerlo de la inseguridad de la vida humana, suficiente motivo para estar siempre dispuesto, y de la incertidumbre en la marcha de las enfermedades.

Todo lo que acabamos de decir se aplica principalmente á las afecciones agudas y que tocan ya á su término. En estos casos, la impresion del pronóstico trae un martirio de corta duracion; pero cuando la enfermedad es larga, anunciar un pronóstico fatal es torturar de una manera espantosa el ánimo de los pacientes.

Muchas veces esta imprudencia tiene las mas terribles consecuencias. He conocido á una persona atacada de un cáncer en la cara; se sometió varias veces á la extirpacion y el tumor se reprodujo siempre. Despues de una de estas operaciones, exigió urgentemente á los cirujanos le dijeran si su enfermedad tendria remedio, asegurándoles se encontraba con suficiente valor para soportar la noticia: ellos tuvieron la debilidad de confesar la verdad toda entera, y él escuchó con tranquilidad aparente su opinion, pero les aseguró que habia un medio de salvacion en que no se habian fijado, y que él se encargaria de aplicarse: la muerte. Tomó, en efecto, una de sus armas de fuego y se dió un balazo. Hufeland [1] cita dos casos de este género.

Semejante resultado suele aun observarse en personas que reciben la noticia de la incurabilidad de los males que afectan séres queridos. Chomel [2] ha visto á un marido levantarse la tapa de los sesos al anunciarle lo incurable de la enfermedad de su mujer.

(1) Loc. citat., pág 291.
(2) Loc. citat., pág. 607.

Aun á personas que no se dejan llevar por tales arrebatos, es una impiedad hacer saber secretos tan horribles. Más tarde tienen derecho de reprochar al médico no haberlas dejado en una feliz ignorancia [1], y el médico encontrará en su interior algo que le repruebe no haberse guardado para sí la fatalidad de su pronóstico.

Hay un caso, sin embargo, en que hay que infundir cierto temor: cuando el enfermo es tan indócil que se resiste á tomar las precauciones necesarias. Enfermos que se resisten á la dieta, por ejemplo, se someten de buena voluntad y convienen en que hay razon, cuando se les hace saber el peligro de su enfermedad. En estos casos aconsejarémos lo que hemos dicho al tratar de las últimas disposiciones: infundir temor hasta donde sea preciso y no mas allá.

Si es perjudicial comunicar al enfermo los resultados funestos de su mal, tambien lo es infundirle esperanzas difíciles de realizar. Se levanta el ánimo del enfermo por de pronto; pero con los desengaños viene una reaccion en sentido contrario que destruye la confianza en el médico para sus pronósticos ulteriores y abate profundamente al enfermo. He conocido á una señora atacada de una neuralgía sciática rebelde; uno de sus médicos le anunció que dentro de quince dias se encontraria curada: tuvo una grande animacion; pero tambien el desengaño fué cruel al ver su ilusion desvanecida. Algun tiempo despues, aseguró formalmente que no volveria á creer nada de lo que le dijera su médico.

Hemos dicho al ocuparnos del diagnóstico, que podria influirse favorablemente sobre la moral del enfermo manifestándole el conjunto de sus síntomas: algo semejante puede hacerse con el pronóstico de algunos de

(1) Chomel, loc. citat., pág. 610.

ellos. Anunciar la llegada de ciertos síntomas necesarios, es disminuir la impresion que estos produzcan, y es aumentar la confianza que en lo sucesivo se tenga para las predicciones y para las prescripciones del médico.

Debemos callar, sin embargo, aquellos síntomas que por su naturaleza sean capaces de alarmar al enfermo y que puedan pasar desapercibidos.

Antes de concluir este punto deseo excusarme sobre digresiones en que he caido con frecuencia: he procurado probar que no debe descubrirse el pronóstico á las familias en ciertas circunstancias. De propósito he insistido sobre este punto, sin creer salirme de la cuestion que me ocupa, porque estoy convencido de que las familias tienen ménos facilidad para disimular que el médico, de que el enfermo busca en ellas la verdad, y de que muchas veces, aun involuntariamente, le trasmiten sus opiniones.

En resúmen: reservarse ó disimular los pronósticos graves, decir los sencillos, anunciar los que puedan aumentar la confianza y disminuir siempre los sufrimientos; tal es la conducta que debemos seguir al hacer uso de nuestros pronósticos.

IV.

El tratamiento de las enfermedades debe traer por resultado la curacion de ellas ó, cuando ménos, su alivio. Debemos reunir todos los medios que estén á nuestro alcance para obtener este resultado. «*Debe* (*el médico*) *diri-*
« *gir todas sus acciones de manera que se encaminen al*
« *fin supremo de la profesion, que es conservar la vida de*

« sus semejantes, restablecer su salud y aliviar sus pena-
« lidades.» (1)

Por desgracia los medios de que podemos disponer no nos llevan siempre al resultado que deseamos, y aun muchos los aplicamos casi con la seguridad de no conseguir ningun alivio. Entónces el tratamiento moral adquiere una preponderancia excesiva: él mejora más que todas las drogas de la botica, él sostiene al enfermo, él le hace entrever la esperanza. Cuando el médico lo aplica lleno de afabilidad y de interés, es para el enfermo un *ángel consolador; sus cuidados compasivos le vuelven la esperanza ya perdida y su arte hace correr por sus venas una nueva vida.* (2)

Las frases enérgicas y expresivas, las palabras adecuadas al carácter y circunstancias del enfermo y cierto tino en presentar las cosas, producen en estos casos una reaccion en extremo saludable. Chomel nos ha dejado un hermoso ejemplo, un modelo de elocuencia médica en su obra de Patología general. Son tan bellas sus palabras, encierran tal energía y manifiestan un conocimiento tan profundo del corazon humano, que me parece conveniente reproducirlas, á pesar de que su obra casi pueda llamarse clásica entre nosotros. Trataba á un militar, atacado de una afeccion orgánica del corazon y llegado al triste estado en que estos desgraciados enfermos se colocan para llegar á su fin. En uno de sus momentos de mas angustia y desaliento le decia: « Mi general, la enfermedad es la guerra con sus vicisitudes inevitables, con sus buenos y sus malos dias. Hoy somos rechazados por el enemigo, pero ayer habiamos ganado un terreno que mañana volverémos á conquistar.

(1) Hufeland, loc. citat., pág. 279.
(2) Hufeland, loc. citat., pág. 280.

La campaña actual es larga y ruda, pero con una organizacion fuerte como la vuestra y un valor que no fallará, acabarémos por quedar dueños del campo de batalla.» Este lenguaje, añade el ilustre profesor de la Clínica, traía á los lábios del viejo soldado la sonrisa de la esperanza, y su rostro, surcado de cicatrices, se desplegaba dulcemente: estaba reanimado por algunos dias. (1)

Este tratamiento moral, como auxiliar del terapéutico propiamente dicho, es útil siempre, lo hemos advertido ya, y puede usarse en multitud de circunstancias: hace mas tolerables los sufrimientos del enfermo, lo distrae algunos momentos de sus penas y le aumenta la confianza en los medios empleados por el médico.

Una persona de mi familia ha tenido multitud de enfermedades que si no siempre han puesto su vida en peligro, sí la han atormentado de una manera atroz. Su espírtu se habia, sin embargo, mantenido bien á pesar de tantas tribulaciones, hasta el año pasado en que se creyó atacada de una efermedad incurable y mortal, la tísis. No habia mas síntomas alarmantes que sus funestos presentimientos, la postracion completa de su espíritu y una tristeza profunda. El médico que la asistia comprendió la indicacion y procuró llenarla: su medicacion principal consistia en una conversacion amena que desviaba sus ideas, en combatir sus presentimientos y en insistir sobre las distracciones. Despues de cada visita, la enferma se sentia mejor, y paulatinamente recobró la salud. La influencia de la distraccion era muy notable en este caso: bastaba que se la hiciera salir de su habitacion y que se llevara su imaginacion sobre objetos diferentes para observar un mejoría inmediata.

(1) Loc. citat., pág. 608.

En las tésis de Paris [1] se encuentra un hecho curioso que revela muy bien esta influencia. «Un hombre sufria mucho con el carácter tiránico y agrio de su mujer, y cuando estaba en su presencia experimentaba una dispnea semi-asfíxica; el pulso era pequeño y los latidos del corazon débiles é incompletos; este órgano medio paralizado no podia luchar contra la resistencia de la columna sanguínea que oprimia sobre las válvulas. La llegada de un tercero en esta conferencia conyugal, distrayendo la atencion del marido, lo aliviaba, y poco á poco la energía del corazon recobraba su superioridad. Al cabo de quince dias de este estado nervioso que producia una turbacion tan grande en la circulacion, este hombre murió de apoplegía pulmonar.»

En todos estos casos importa mucho que el enfermo conserve un alto concepto de los recursos científicos del médico: su imaginacion obra entónces curaciones maravillosas. Rostan, médico del Hôtel-Dieu, ha visto sanar en tres dias una niña de once años paralítica desde hacia mas de dos meses. Una impresion moral fuerte (*tentativa de violo*) la privó del uso de la lengua y de sus miembros: en vano los médicos de su pueblo pretendieron volver la actividad á sus órganos paralizados: la enfermedad resistió á todos los medios. Como último recurso se la llevó á París haciéndola ántes concebir una alta idea del saber de los médicos de la gran ciudad, de sus magníficos hospitales y de sus innumerables recursos. Firme en la creencia de que obtendria la salud, se presentó en el Hôtel-Dieu, consideró á M. Rostan como el hombre que precisamente le habia de dar la vida y su fe la salvó: al dia siguiente pudo hablar, al siguiente, mover sus piernas y al tercero andar.

(1) Larivière. 1855.

Feuchtersleben [1] cita un caso aun mas notable. Un médico inglés trataba desde hacia mucho tiempo á un mudo (parálisis de la lengua), sin obtener resultado. Un dia le anunció iba á servirse de un instrumento en el que fundaba grandes esperanzas; pero ántes de aplicarlo quiso saber la temperatura de la boca, y con este objeto le introdujo un termómetro. El enfermo creyó que este era el instrumento maravilloso, y pareciéndole sentir sus efectos, exclamó lleno de alegría, al cabo de algunos momentos, que podia mover su lengua.

Sin llegar á efectos tan admirables, vemos todos los dias el cambio tan notable que sufre la moral de los enfermos por una sola palabra de esperanza que se mezcle á su tratamiento.

He conocido á una señora á quien personas extrañas á la ciencia le habian dicho, apoyándose en la autoridad de un médico, que su enfermedad era incurable; se afligió por esta noticia, la creyó y se la comunicó á su médico. Este se contentó con responderle, afectando cierta extrañeza: «¿Pero quién ha dicho eso?» Esta sola frase bastó para disipar sus temores, y volverle la calma y la tranquilidad hasta su curacion completa. He visto tambien á una pobre niña tuberculosa, sonreir llena de alegría y de esperanza, con solo referir las palabras de un médico que habia destruido sus temores. He visto, por fin, á una señora anémica, á quien se estuvo tratando por mucho tiempo como atacada de una afeccion cardíaca. Los antiflogísticos, los hipostenisantes, y quizá mas que todo esto, los pronósticos fatales que se le comunicaban lograron ponerla en un estado lamentable. Un médico de nuestra Escuela, cuyo nombre callo por temor de descubrir los que importa ocultar, diagnosti-

(1) Higiene del alma, pág. 33, 1854.

có la anémia y procuró destruir el efecto de los pronósticos anteriores, iniciando su tratamiento con la palabra «Esperanza.» Esta palabra, olvidada ya por la pobre enferma, produjo un efecto admirable; disipó sus temores, reanimó su espíritu y contribuyó mucho á su restablecimiento.

Algunos médicos, con el objeto de hacerse creer mas sabios y previsores, aconsejan precauciones en el uso de los medicamentos, precauciones que no tienen nada de racional, y que bien podriamos llamar pueriles. Semejante conducta me parece indigna de la verdadera instruccion, que no necesita de supercherías para hacerse imponente.

Cuando el médico sienta vacilar la confianza del enfermo, puede reanimarla por una consulta con compañeros cuya instruccion no le sea indiferente; tendrá un nuevo motivo de esperar, porque verá en las disposiciones ulteriores la opinion de su médico ilustrada con nuevas consideraciones. Este, por su parte, podrá poner en práctica un tratamiento mas enérgico, pues ya no reasumirá por sí solo la responsabilidad.

¿Creerémos que será inconveniente la conducta de algunos médicos, que para dar mas esperanzas multiplican sus visitas mas allá de lo que es necesario? Hablando de ellos, dice Zimmermann: que «la cabeza no puede ir tan de prisa como las piernas,» es decir, que aun cuando demos muchas vueltas no por eso pensarémos mas ni con mejor acierto. Segun lo que he visto, me parece que se deben conciliar las exigencias de la enfermedad con el gusto del enfermo: hay personas que se alarman ó se fastidian con las visitas reiteradas de sus médicos, miéntras que otras se creen abandonadas si no se las ve con frecuencia.

En los últimos momentos de la vida, cuando la agonía está declarada, hay médicos que se rehusan á ver los enfermos, diciendo que es inútil porque no tienen que mandarles. Esta conducta me parece impropia, porque siempre hay algo que mandar, y tal vez con provecho, y porque se reanima el espíritu abatido del enfermo. Hufeland [1] ha dicho que *no es poco beneficio suavizar el último instante de la vida;* y en efecto, supongámonos por un momento moribundos, y nos consideraremos consolados con la visita de nuestro médico.

La adhesion que los enfermos tienen por el médico que los consuela y sufre con paciencia sus exigencias, es digna de interes y puede explotarse para sostener su moral. He visto á una persona atacada de un panadizo profundo del pulgar, despues de haber sufrido el dolor de varias incisiones y todo el trabajo patológico necesario para la necrósis de la falange y su expulsion, soportar sin conmoverse la noticia de que podia perder su dedo, y derramar lágrimas por la idea de cambiar de médico; y sin embargo, este tal vez no tenia mas mérito que haber sido consecuente y compasivo con sus dolores. Otra persona, atacada de una erisipela flegmonosa, á pesar de lo largo y penoso de sus sufrimientos, sentia una dulce emocion al oír sonar la campana que le anunciaba la llegada de su médico. Otra, tifoidéa, á pesar de su gravedad, repetia con frecuencia no querer morir en manos de otro médico. En fin, un pobre enfermo de hospital tuvo un ántrax voluminoso (de 10 á 12 centímetros de diámetro), terminado por gangrena y complicado, durante la cicatrizacion, de podredumbre de hospital. Despues de largos y crueles sufrimientos, y de muchos peligros, se vió en via de cicatrizacion: circunstan-

(1) Loc. citat., pág. 289.

cias inevitables obligaron entónces á la persona que lo asistia á separarse de su lado; se lo anunció así y lo recomendó con un médico de confianza. El pobre enfermo no quiso admitir semejante recomendacion; aseguraba conmovido, que mas bien queria curarse en su casa, ó seguir los peligros de una curacion incompleta, que someterse á la asistencia de otra persona. Su gratitud no le permitia separarse con indiferencia de quien él creía su bienhechor, á pesar de que tal vez no tenia que agradecerle mas que la compasion que habia manifestado por sus dolores, y las palabras con que habia procurado dulcificar sus tormentos.

Se comprende lo importante que es adquirir este afecto, pues por su medio se puede dominar útilmente la voluntad del enfermo, y sujetarlo á prescripciones que de otra manera rehusaria.

Respecto de este último punto, algunas veces conviene insistir sobre cierta prescripcion y manifestar palpablemente su utilidad; otras cambiarlas en apariencia, y otras, en fin, ceder algo con los gustos de los enfermos. Citarémos casos de este género.

He visto á un enfermo de diarrea, que se negaba á sujetarse al régimen lácteo, diciendo que no tenia resistencia; se le instó para probarlo un solo dia, se logró convencerlo y lo hizo así. Al dia siguiente estuvo mejor; se le reprochó entónces suavemente su conducta y se le hizo ver lo injusto de su negativa. El pobre enfermo contestó: «*dispénseme vd., señor, soy un bruto.*» Desde entónces se convirtió en el hombre mas sumiso á las disposiciones que se le ordenaban.

A otro enfermo de la misma afeccion se le mandaron unas gotas. A pesar de haberlo mejorado algo, le causaron tal repugnancia, que se propuso no tomarlas al

dia siguiente. En su lenguaje rústico y áspero, manifestó que no seguiria tomando aquello porque le perjudicaba mucho; que su corazon, en el que creía mas que en toda la ciencia del médico, se lo decia así, y que preferiria morirse sin ninguna medicina, á seguir tomando un medicamento tan nocivo y tan opuesto á sus convicciones. En vano se le manifestó el buen efecto obtenido, y se le hicieron otras reflexiones apropiadas; persistió en su negativa, y aun preguntó con cierto desprecio si los *señores físicos no tenian para curar mas que gotas.* Se condescendió entónces aparentemente con sus ideas, se le cambió la forma del medicamento preparándolo en píldoras, y se aumentó la dósis. Las píldoras fueron tomadas con buena voluntad. Al dia siguiente el alivio se hizo mas notable, el enfermo se manifestó muy satisfecho, aseguró que sanaria con las píldoras, y aun se atrevió á advertir con cierto tono de reconvencion lo bueno que habia sido conformarse con las *saludables inspiraciones* de su corazon, que no le engañaba.

Hay ciertos enfermos que rechazan algunos medios, y prefieren otros que, segun nuestro modo de ver, les son ménos provechosos ó aun perjudiciales. A pesar de nuestra opinion, su imaginacion cambia el modo de obrar de estos medios; destruye su mal efecto ó trae ventajas que compensan ampliamente sus inconvenientes. He visto algunos diarreáticos resistirse al uso de la carne cruda y encontrarse bien con el de la carne asada. He visto tambien á una señora atacada de enfisema pulmonar crónico y de algunos accidentes cloro-anémicos, encontrarse bien con ciertas concesiones. Su médico, muy preocupado con la influencia del frio, la prohibia severamente salir á determinadas horas, y le impedia así la verificacion de algunas prácticas piadosas, que tanto poder

tienen sobre la imaginacion de cierta clase de personas. La enferma se sometia exactamente á las prohibiciones, pero sus sufrimientos se prolongaban y su espíritu padecia mucho. Cambió la persona que la asistia y cambió tambien algo el tratamiento: creyendo que el provecho que se podria sacar de aquellos auxilios morales, seria superior al perjuicio de la temperatura y de la humedad, se le concedió una libertad moderada. Los resultados justificaron esta prevision; la enferma se mejoró notablemente, y ella misma no dudaba atribuir parte de su alivio á la influencia benéfica de los consuelos morales que ántes le era prohibido recibir. Las condiciones atmosféricas le hacian mal alguna vez, pero este mal era plenamente reparado con las ventajas de los dias siguientes.

Algunos medios son de tal manera desagradables, que es indispensable hacerlos preceder de un tratamiento moral. Tales son, sobre todo, los tratamientos quirúrgicos: es tan natural el horror á la destruccion, que no podemos concebirla sin emocion ni aun en uno de nuestros miembros; es tan grande el efecto de nuestra sangre, que solo la idea del instrumento que la haga brotar nos es terrible; es tal la influencia del dolor, que solo su recuerdo nos hace estremecer. El cirujano tiene que vencer estas dificultades naturales, é infundir valor y confianza. Su tarea tendrá buen éxito llenando ciertas condiciones. «Si el cirujano, dice Vidal (de Cassis), une á un buen carácter una instruccion sólida y un espíritu elevado; si ha sabido hacer de su profesion un culto y de su enfermo un amigo, éste tomará en esas bellas cualidades una confianza que doblará el valor que tenia, ó le dará el que no tenga.» (1)

(1) Pathologie externe, tomo primero, pág. 34.

Para dar este valor, el cirujano puede usar varios medios. Dupuytren presentaba como fácil, sencilla y ligera la operacion, y estimulaba el amor propio de los enfermos, refiriéndoles casos en que mujeres delicadas ó niños débiles habian sufrido con valor operaciones semejantes. La manifestacion de las ventajas de la operacion ó de su necesidad, aumenta la resignacion y la confianza.

El nombre solo de la operacion hace grande efecto en los enfermos. Un individuo se negó á la incision de un tumor cuando se le dijo que era necesario *abrirlo;* la permitió al decirle otro cirujano que era necesario *solo picarlo.* Dupuytren ha hecho con todas sus reglas la talla en un calculoso, que horrorizado por la gravedad de la operacion, habia jurado no someterse jamás á ella. El cirujano le ocultó el nombre, diciéndole que tenia el cálculo en el cuello de la vejiga, y que no era necesario para extraerlo, sino hacer una incision. Despues de operado, el enfermo conmovido abrazó á Dupuytren y le prometió someterse mas bien *veinte* veces á su incision, que una sola vez á la *talla.*

Algunos desgraciados rehusan una operacion necesaria, por la inutilidad para el trabajo que les trae consigo, inutilidad que trae á su turno la miseria de su familia. El cirujano debe en estos casos, si le es posible, ofrecerles su proteccion y cumplirles este ofrecimiento. Debe manifestarles que si su mano no tiembla por los dolores físicos, su corazon se estremece por los dolores morales. «¡Qué grandes y hermosas cosas, dice Vidal, (1) hubieran podido realizar ciertos cirujanos, si su alma hubiera estado en relacion con su talento y su fortuna!»

Los tratamientos médicos son tambien rechazados por las circunstancias de la enfermedad ó de los enfermos.

(1) Loc. cit., pág. 36.

Cuando se tiene cierto poder, una suave violencia suele dar buenos resultados: muchas veces he visto enfermos tomar resignadamente el alimento á que se resistian, instándoles afablemente y colocándoles el pico de la pistera en la boca. La esperanza del mañana dulcifica con frecuencia la amargura del presente. ¡Cuántas veces enfermos rebeldes á la dieta se conforman con solo decirles que mañana, si están mejor, se cambiará la calidad ó la cantidad de sus alimentos!

El modo de presentar las diversas circunstancias del tratamiento, influye en la manera de recibirlo. Un modo afable y halagüeño hace sonreír á los enfermos y conformarse con prescripciones á que ántes se negaban. Aun en casos terribles, esta manera de obrar tiene su influencia: he visto parturientas manifestarse complacidas y tal vez sonreír olvidando un instante sus dolores, al ver el empeño con que una persona que las consolaba, no pudiendo hacer otra cosa, pujaba con ellas en los momentos de la expulsion tan llenos de angustia.

Hemos dicho en otro lugar, que las pasiones podian producir graves enfermedades. El médico instruido puede, sin embargo, utilizar sus efectos: parecidas á los venenos, son en verdad capaces de dar y quitar la vida. El conocimiento perfecto de la pasion dominante y del corazon del enfermo, dará á conocer la manera de aprovechar las otras pasiones de que sea susceptible. La influencia de la amistad, el tino y la prudencia debe dirigirlo en el camino de la regeneracion. «Es uno de los puntos mas arduos de la medicina práctica, dice Becquerel, y un médico amigo es el único que puede esperar algun resultado en una vía en que el corazon humano se pierde en las profundidades de nuestras pasiones mas íntimas.»

La utilidad de las pasiones se puede aprovechar con mucha ventaja en las enfermedades simuladas: son ordinariamente su causa y su remedio. El Sr. Hidalgo Carpio (1) nos ha referido el siguiente caso. Una señorita ha simulado por mucho tiempo una retencion de orina y unos ataques convulsivos. Su enfermedad ha persistido á pesar de tratamientos tan molestos como el cateterismo, y no ha podido ceder sino despues de haber descubierto el médico su fraude, y amenazarla con hacer patente la simulacion á su familia.

En casos de este género, me parece mejor este medio que los tratamientos molestos, como eméticos, purgantes, etc., con que algunos médicos suelen tratar á estos enfermos, sometiéndolos así á una especie de castigo. He sabido de una vez en que se aplicó este método: la enferma no se corrigió, é hizo que no se volviera á ocupar al médico, porque, segun decia, no le agradaba su modo de curar. Aun para el caso del diagnóstico diferencial de las enfermedades reales, me pareceria mas sencillo y conveniente el empleo de algunos medios que descubren y no castigan, por ejemplo, la titilacion de la mucosa nasal.

No insistirémos mas en este punto, que nos hace salir de nuestra esfera, y que no hubiéramos tocado, si las enfermedades simuladas no fueran á veces el orígen de enfermedades reales.

Resumirémos en dos palabras lo que hemos dicho del tratamiento moral: emplearlo en ciertas circunstancias como medio principal y siempre como auxiliar.

(1) Medicina legal.—Lecciones orales, 1870.

CONCLUSION.

Varias veces, en la redaccion de este trabajo, me ha llamado la atencion lo reducido de mi instruccion, lo limitado de mi experiencia y lo trascendental de las cuestiones que me ha parecido conveniente resolver, reflexiones todas capaces de hacerme desistir de mi propósito. Sin embargo, me ha sostenido esta esperanza: si la empresa es superior á mis fuerzas, la benevolencia de mis maestros me excusará; si mi trabajo no abunda en ideas justas y exactas, sí tendrá alguna que pueda ser útil á mis compañeros; en fin, si mis palabras no tienen la fuerza de conviccion que arrastra á los espíritus, sí podrán tener la influencia suficiente para proporcionar un consuelo mas á los enfermos.

Hé ahí mis aspiraciones; su realizacion pagará con usura mis fatigas, y me traerá la dulce satisfaccion del que ve cumplidos sus deseos.

México, Noviembre 15 de 1870.

A. Monsivais.

ESCUELA DE MEDICINA.

CATEDRATICOS.	CATEDRAS.
D. José María Vértiz, (director.)...........	Operaciones.
,, Leopoldo Rio de la Loza, (subdirector.)..	Química analítica
,, José Vargas, (tesorero.)................	Farmacia.
,, Ignacio Torres.........................	Obstetricia.
,, Manuel Robredo........................	Farmacología.
,, Miguel F. Jimenez......................	Clínica interna.
,, Luis Muñoz............................	Patología externa.
,, Luis Hidalgo y Carpio	Medicina legal.
,, Francisco Ortega.......................	Anatomía descriptiva.
,, José María Barceló de Villagran........	Anatomía topográfica.
,, Rafael Lucio...........................	Patología interna.
,, Ladislao de la Pascua..................	Higiene.
,, Gabino Barreda.........................	Patología general.
,, Ignacio Alvarado.......................	Fisiología.
,, Aniceto Ortega.........................	Clínica de obstetricia.
,, Manuel Carmona.........................	,, externa.
,, Juan Navarro, (ausente.)...............	,, ,,
,, Alfonso Herrera........................	Historia de drogas.

ADJUNTOS.

D. José Ferrer Espejo, Bibliotecario.
,, Lauro M. Jimenez.
,, Luis Martinez del Villar, Secretario.
,, Eduardo Liceaga.
,, Rafael Martinez.
,, Maximino Rio de la Loza.
,, Gumesindo Mendoza.
,, Juan M. Rodriguez.
,, Rafael Lavista.
,, Francisco de P. Chacon.
,, Agustin Andrade.